

A MANERA DE *editorial*

A close-up portrait of Angela Salazar, a woman with short, grey hair, looking slightly to the left. She is wearing a light-colored top. The background is blurred, suggesting an outdoor setting.

angela salazar
COMISIONADA DE LA VERDAD

Este número, el 11, decidimos dedicárselo a las gentes negras del Caribe colombiano. Habíamos dedicado números anteriores a los campesinos, a los indígenas, a pescadores, siempre buscando reflejar, en la mayoría de los casos a través de la entrevista, un instrumento tan antiguo como la misma comunicación, o en otros formatos, la aproximación más real a sus cotidianidades, problemáticas, saberes y conflictos.

¿Cómo hacer un número dedicado a los pueblos negros del Caribe colombiano, en pleno encierro por la pandemia del covid-19, sin poder hacer campo? Era la pregunta que, al principio, nos hacíamos todos. Con los meses, muchos de mis investigadores fueron desfalleciendo en el intento y, como pasa con todo y con todos en estos tiempos de encierro, en donde lo primordial es sobrevivir, se fueron alejando del entusiasmo con el que habíamos iniciado el número 11. Yo había descubierto (seguramente hace años esté descubierto, pero yo lo descubrí el año pasado), a mediados del año pasado, que el celular es un instrumento poderoso para llegar a sitios que, por razones de conflicto, dinero, tiempo, etc., no podía llegar como antropólogo y para hacer entrevistas abiertas. Como no podía dejar la revista al ritmo del encierro, decidimos, con algunos de mis semilleristas, asumir el número propuesto. Buscar contactos con gente negra del Caribe colombiano o pedir —casi rogar— a algunos autores que por sus experiencias habían escrito “algo” sobre afrocaribeños. Con sorpresa, logramos llegar a San José de Uré, a Guacoche, al Bajo Sinú, a Tomarrazón, a la Zona Bananera; es decir, llegamos a los sitios que queríamos visitar en tiempos normales y que representan esa gran porción de gente negra que

históricamente ha quedado medio invisibilizada. Buscando quién me ayudara a escribir esta editorial que presentara este número, encontré entre mis archivos, por una de esas buenas casualidades que hay en la vida, una grabación cortica que le había hecho a la comisionada de la Verdad, María Ángela Salazar, en la Universidad ICESI, en Cali, en el marco del XVII Congreso de Antropología que se desarrolló allí en junio del 2019. Buscando por los pasillos de unos de los bloques de la Universidad una conferencia que no encontré (menos mal), noté que, en un salón no tan amplio, repleto de jóvenes, estaba ella preparándose para intervenir en uno de los tantos simposios que se organizan en este tipo de congresos. Como pude, logré entrar y, suerte la mía: un pupitre vacío me decía que era para mí...

Creo que lo que dijo en su corta participación, pues tenía que retirarse a otra reunión, resume todos los temas de nuestros 10 números, incluido este 11, al que le estaba buscando una editorial. En un país en donde nos morimos por violencia, por hambre, por una gripa, por covid, en donde nos matan por robarnos un celular, una bicicleta o cualquier puñado de devaluadas monedas, por ser líder o lideresa —inclusive por no serlo—, en un país

en el que el encierro del covid pareciera haber detenido la memoria, nos damos cuenta de qué tan importante era lo que decía la comisionada María Ángela Salazar y cómo lo decía. Gracias a la comisionada María Ángela Salazar por esta editorial. Paz, mucha paz en su tumba.

¿Qué es la comisión? Que llegamos hasta el 2021. Ya el presidente nos visitó. Y nos dijo... el saludo que nos dio fue: “¿hasta cuándo están?”. Yo le dije: señor presidente, nos vamos casi junticos, nosotros nos vamos en diciembre del 2021 y usted ahí, ahí, unos mesecitos ahí, ahí, ahí en el 2022, nos vamos casi igualitos.

La doctora Marta Lucía dice que ella ahora está en pro de las mujeres. Pero en el 2002, cuando fue ministra de Defensa, tiró unos volantes por toda la selva con mujeres semidesnudas y decía: “guerrillero, desmovilízate, mira lo que te espera en la vida civil”.

Esa fue en la constituyente emancipatoria de mujeres y tuvimos que hacer un documento público y eso la obligó a renunciar. ¿Qué quiere decir eso? Que nosotras las mujeres sí tenemos poder cuando queremos. Entonces, me parece muy importante eso que estamos haciendo, nos falta mucho, la socialización que se está haciendo de la comisión.

A cuál comunidad le preguntaron: ¿usted quiere que lo salvemos? A ninguno. Llegaron y pusieron, como dice la canción, es verdad: pusieron las reglas del juego.

Entonces, también queremos esa verdad. Nosotros llegamos y pusimos las reglas del juego: aceptar la violencia sexual, aceptar la esclavitud doméstica, aceptar la desaparición forzada. Que los tiramos a los ríos, mire... le decían los paramilitares a uno. Si a los tres días no ha venido, no lo busque que ya está muerto y enterrado.

Entonces, muchas personas de los ríos dicen: sí, yo sé que está muerto porque me lo tiraron al río. Pero también hay que hacer, pongamos el Atrato, que es reconocido por la Corte Constitucional como víctima del conflicto armado. Pero también el territorio es víctima del conflicto armado. En el Atrato llegó un momento [en el] que las mujeres no iban a lavar, ni [a] hacer los oficios al río, por el olor a podrido de la gente que habían tirado a los ríos. Pero, también, como se están saliendo los muchachos enfermos de la guerra... El ejército es letal. Pero pregunte cómo están saliendo los

muchachos. Con problemas mentales. Tienen delirio de persecución, tienen unos espasmos, una cosa, una pesadilla.

Un paramilitar, un niño, decía, un muchacho de 20 años salió de los paramilitares del Bloque Bananero y decía: “Ángela, vea, gorda, es que yo tengo pesadillas todas las noches”. Y le digo y voy allá a una vereda, [a] hablar a los niños, que ya se acabaron los paramilitares, y esos niños: “¡eso es mentira! Anoche mataron a dos y fueron los paramilitares”. Y viene y me dice pasito: “En el salón hay un muchacho que tiene 12 años y se orina la cama”. Llamo a la profesora y dice: “sí, le mataron al papá hace 15 días y desde ahí volvió a orinarse la cama”. Un muchacho de 12 años.

¿Cómo le digo yo a ese muchacho? ¿Qué le digo? Entonces, ese reciclar la violencia. Tenemos que buscar, no sé cómo tenemos que hacer, tenemos que ser unos magos. Este pueblo colombiano tiene que [ser] mago para volver a reciclar la violencia.

Ustedes, los de Argentina, todavía están buscando a los desaparecidos. Pero todavía están llorando los muertos. No hemos elaborado los duelos. Nosotros, los negros, tenemos una forma de elaborar los duelos. Para nosotros el acto funerario es sumamente importante. Y lloramos y gritamos y las mujeres se desmayan. Tomamos viche toda la noche, cantamos y hablamos del ser querido que está en el ataúd.

El indígena padece toda la noche, cuidando a su muerto, pero no abre la boca para nada. Ni llora.

Ustedes, los mestizos, dejan el muerto en la sala y a las 10 de la noche ya se están acostando. Eso me pareció a mí tan traumático porque yo me crie con una familia paisa, bueno, una bogotana y una paisa, y a las diez de la noche dizque “vamos a acostarnos”. Y yo: “pero Don Pedro está ahí, el abuelo, él está ahí”. “No, mañana que nos levantemos es que lo vamos a enterrar”.

Eso me traumatizó... y yo: “pero si él está ahí”. Entonces, yo me quedé ahí, sentada, porque yo decía: ¿cómo lo voy a dejar ahí solo? Me quedé ahí sentada porque es lo que había visto en mi tierra.

Pero el conflicto armado nos quitó eso. Ya no pudimos hacer los velorios, ni las novenas, eso es cultura, eso es vida. Cómo le digo a ese sandresano, no, que acá decimos en el continente: “allá no pasó nada, allá no hubo enfrentamiento”. Pero cuando usted va allá tiene un dolor aquí... aquí en las entrañas. Desde que Rojas Pinilla dijo que San Andrés era puerto libre nos jodió la vida. Donde era el cementerio, hoy son los mejores hoteles de San Andrés. Les tumbaron el cementerio, teniendo en cuenta lo que significa para nosotros, los negros, ese ritual funerario. Y dicen: “tengo finca”. Yo ayer les decía: “tengo una finca”. ¿Cuántas hectáreas tiene su finca? 50 metros, eso mismo hace uno. ¿50 metros? Eso es un solar, no es mi finca.

¿Cómo le voy a quitar esa dignidad a ese hombre que dice esa es su finca? Y nos dijo otra cosa más importante, y así nos han dicho los indígenas, así nos han dicho los negros en todas partes.

Los Consejos comunitarios por eso son colectivos, porque para nosotros la tierra no es riqueza, es vida, nos da vida. Entonces, esa cultura, tan importante para nosotros, cómo lograr desde la metodología que tenemos en la comisión. Y, para terminar, quiero decirles: esto no lo podemos hacer solos. Somos 11 apenas. Y necesitamos, nosotros estamos pidiendo 450 personas para hacer el despliegue territorial, que el compañero nos ha insistido, lo que nos ha insistido el otro compañero, lo que nos insisten todos. Nos quitaron el 40 % del presupuesto y estamos pensando que para el año entrante va a ser peor.

Entonces, solos no lo podemos hacer. Colombia tiene la ventaja [de] que aprendimos de Argentina, de Uruguay, de Chile, de todos del Cono Sur, pero también de Centro América. Eso nos sirvió para ir haciendo memoria y para ir construyendo verdad. Las organizaciones, yo no digo defensoras de derechos humanos, no me gusta decir así, son organizaciones acompañantes, porque nos han acompañado, por lo menos en Antioquia: Región, Viva la ciudadanía, IPC, Con ciudadanía, todo eso, nos han apoyado, nos han acompañado, para tener la valentía de decir: mire lo que nos están haciendo.

Y eso es un acumulado muy grande que tenemos en Colombia. Las universidades, el compañero es de los Andes, los Andes es así, dedo parado, pero está haciendo investigación, ¿cierto, compañero?, está haciendo investigación.

Todas las universidades están haciendo investigación sobre el conflicto, pero también sobre qué nos pasó que llegamos a matarnos entre nosotros. De la forma más horrible. ¿Cómo [a] un muchacho de 14 años lo ponen a descuartizar a una persona viva? Porque los paramilitares la descuartizaban viva, empezando por los pies. ¿Qué será de la vida de ese muchacho? Pero hay otra cosa: que llegamos a justificar la muerte: “Ah, no, es que le dijimos, es que le dijimos que no fuera por allá”, “Es que, ¿quién lo mando?”, “Es que se advirtió”. Pero en Urabá hay otra cosa más dolorosa: cuando fui a documentar unos casos en Turbo, una señora me dijo: “es que mi hijo me lo desaparecieron en el Aro, en la misma época de los doscientos y pico, en el Aro”. Y yo: “un mucha-

cho de Turbo no se va pa’ el monte, muchacho de Turbo si se va de Turbo se va pa’ Medellín, pa’ Cartagena o pa’ Montería, pero no va pal monte”. ¿Turbeño en el monte? No, no...no. Ahí me dijo ya: “es que mi hijo trabajaba con los paras” ... y ponía esa cara de felicidad.

“Mi hijo trabajaba con los paras y me mandaba la platica que le pagaban allá, y con eso pagaba yo el arriendo hasta que la hermana Carolina me dio esta casita”.

Le dije yo: “vea, cuando usted empieza a investigar y me diga cuántas viudas dejó su hijo, usted que es viuda del conflicto armado. Cuántas viudas dejó, cuántos huérfanos dejó, cuántos tiró al río Cauca, cuántas mujeres violó, cuántos desapareció y a cuántos robó, yo vengo y le documento el caso”.

A los ocho días me llamó y me dijo: “Ángela, venga que yo le pago el pasaje. Ay, Ángela, yo no sabía que mi hijo hacia esas cosas tan malas, usted tenía razón”.

Eso es justificar la muerte. ¡Y muchas gracias! ■